

Noemí Villaverde Maza
UNA ANTROPÓLOGA EN LA LUNA



LA NATURALEZA QUE SOMOS

UN PASEO
ANTROPOLÓGICO
POR LA NATURALEZA
Y LA HUMANIDAD

OBERON

Índice

8	El murciélago cojo: somos naturaleza
16	El universo: los fugaces somos nosotros
30	Las necesidades humanas, y la piel del deseo
50	El cuidado y el fémur roto de Margaret Mead
70	Se necesita un mundo para crear humanidad
86	La guerra: ¿está el enemigo? Que se ponga
100	La desigualdad y la economía del don
118	El lado oscuro de la empatía
130	Capitalismo afectivo y la resiliencia de un árbol
144	Ciencia: la historia de la señora Poop
162	El trabajo, el reloj y la copa de la libertad
180	El viaje y el vuelo del murciélago

Capítulo 1

EL

MURCIÉLAGO

COJO:

SOMOS

NATURALEZA

Un murciélago ha caído en mi mesa.

Me encuentro en el Casco Viejo de mi ciudad, tomando algo en una terraza de un bar.

Me quedo mirando esa bolita que aletea con movimientos torpes, y que después, extiende sus alas y se queda inmóvil. Es pequeño, como todos los que surfean los vientos de mi ciudad por la noche, bajo los puentes y las farolas de los arrabales. Aunque ya los había visto en más de una ocasión, todavía me llama la atención la fragilidad de su anatomía, su cuerpo de ratón pequeño, sus alas membranosas frágiles, a pesar de todo el simbolismo de marginalidad que cargan, de nocturnidad y alevosía, de parias rabiosos. Y al momento, me viene a la mente: pandemia. No me acordaba: ahora todo el mundo habla de los murciélagos. Ellos, que portan virus como aviones de microbios indocumentados, de virus y bacterias que difunden el infierno de la plaga...

Miro al murciélago. No se mueve. Sigue yaciendo con las alas abiertas. Siento pena, eso que tenemos los seres humanos cuando empatizamos con la vulnerabilidad de cualquier ser. Se acabaron para él los vuelos felices llenos de cabriolas. Y aparece alguien, un desconocido. Frente a la mesa, bajo su gorra me muestra una melancólica sonrisa y mira al animal. Señalándole muestra, compasivo, las señales inconfundibles del último aliento de vida de todo ser vivo del planeta, cuando ya el cuerpo dejó de responder y se relaja. Y en eso tienen suerte, los murciélagos: hay especies que pueden vivir fácilmente más de 15 años, y algunas llegan a los 40. El hombre me explica que en su país hay muchos, mientras sus ojos brillan recordando su tierra. Nostalgia (del griego «nostos», retorno, y «algos», dolor). Como «herrimina», «dolor de pueblo» en mi idioma euskera. Y marcha dejándome ahí, con ese ratoncito alado, el único mamífero con vuelo activo del planeta.

Y pienso entonces que no es buena idea que siga sobre la mesa. Decido trasladarlo a algún rincón lejos de algunas miradas de oprobio. Sí, por su adaptación para volar y por su capacidad de vivir en diversos entornos difíciles, su sistema inmune es capaz de mantener a raya a múltiples virus y bacterias sin mostrar enfermedad, y en sus pequeños cuerpos, los virus encuentran al mejor hospedador para reproducirse y aumentar su virulencia. Pero son vitales para el equilibrio del ecosistema, para la regeneración de bosques como polinizadores, y para el control de plagas de insectos. Así que improviso con varias capas de tela enrolladas una suerte de guante, y poso al animal en el mejor sitio que se me ocurre.

Así de ambigua es la naturaleza de la que nosotros formamos parte. No cabe duda de que el murciélago es imprescindible para el equilibrio de la vida en este planeta, ajeno a nuestra moral humana sobre el bien y el mal, y a nuestra idea de naturaleza bucólica, indulgente y prístina. A Charles Darwin alguien le preguntó si creía en la Biblia como revelación divina. Él le respondió: «no puedo persuadirme de que un ser benévolo y omnipotente haya creado intencionadamente las icneumoníidas con la expresa intención de comerse vivas a las orugas». Las icneumoníidas, esas finas avispa parasitarias que inyectan sus huevos en orugas para que, al eclosionar, se alimenten de sus entrañas. Y se lamentaba Darwin: «mi teología es una verdadera confusión. No logro considerar al Universo como un producto del mero azar aunque tampoco consigo encontrar en los detalles la mínima prueba de un diseño cualquiera». Y es que, en la lógica de la naturaleza, ahora se sabe y se reconoce, conviven realimentaciones y sinergias, la determinación y la conservación con el cambio y el azar.

«Todo es en par», afirman las mentes que todavía proceden según la cosmovisión mesoamericana. Vida y muerte; día y noche; este y oeste; húmedo y seco; calor y frío; arriba y abajo; perfume y fetidez... todo es paridad, pero no por oposición o exclusión. Por ejemplo, la noche no es lo opuesto o lo contrario al día. No son antagónicos. No solo la noche necesita al día para existir, es que, además, la noche es día, y el día también es noche. Y todo lo que se contiene entre ellos está en movimiento, pero no deja de ser lo mismo: todos los cambios y movimientos regulares de la naturaleza. Toda la existencia es pareada, y eso significa que la existencia es posible si y solo si existe la diversidad. La diferencia es condición para la existencia. Si se anulara la diversidad no habría más cambio o movimiento. No habría vida.

«Amare ververipen si amare barbalipen» dicen los gitanos. «Nuestra diversidad es nuestra riqueza», significa.

Y para la gran parte de las culturas del planeta, la vida también pertenece a los cerros, el agua, las nubes o las piedras. Los seres humanos solo somos una trama más en el tejido de la vida, en la urdimbre de la cotidianidad de los ecosistemas del planeta.

Muchos son los idiomas que nos lo recuerdan, como si de vestigios fósiles se tratara empeñados en no desaparecer. La bióloga Robin Wall Kimmerer explica que «en algunos idiomas nativos, el término *plantas* se traduce como «aquellos que nos cuidan», y lanza un ejemplo en su lengua americana, el potawatomi, en su libro *Una trenza de hierba sagrada*. Cuenta que «bahía» es un nombre para el inglés, un sustantivo, pero no es así para su lengua. En su lengua, dicen *bahía* como «wiikwegamaa», y es un verbo, una acción. Significa literalmente «ser una bahía». Lo explica así: «contiene el milagro de que el agua, viva, haya decidido refugiarse entre las orillas. Podría no hacerlo, podría convertirse en arroyo o en océano, o en cascada, y para eso también hay verbos». La piedra, el agua, el viento... son verbos cuando el mundo está vivo, cualidad animada del mundo, y agrega «este es el idioma que yo escucho en los bosques». No es que la vida está en el agua, más bien el agua está en la vida. Vida entendida como todos los flujos, circulación y corrientes del mundo. También se puede decir que vida y agua es lo mismo, ya que no hay vida sin agua, ni agua sin vida. La vida no es un atributo de algunas cosas del mundo, es immanente en el proceso mismo de la generación continua de devenir del mundo, y todas estas cosas pertenecen a él.

Hubo en el pasado, y existen todavía en el presente, culturas que incluso afirman que el resto de los seres son gente y que, al igual que nosotros, mantienen sistemas sociales, políticas o lingüísticas. Hablan su propio idioma, mantienen asambleas y conviven con sus propias familias. Pero nuestra cultura resuelve que dichas culturas los antropomorfizan, es decir, les conceden forma o cualidades humanas, y es que tienen mentalidad primitiva. ¿Pero qué tal si dejamos a un lado el antropocentrismo, la idea de que el ser humano es el centro de todas las cosas y el fin absoluto de la historia del planeta? La humanidad es un mero reflejo de la complejidad del mundo. No existe humanidad sin el origen de cuanto permite la vida.

Quizás por eso le estoy dando intimidad a este pequeño murciélago en su último aliento. ¡Qué tontería! ¿Intimidad? Y me consuelo, pensando: «los ojos solo ven lo que la mente conoce», mientras retomo mi posición recta y civilizada en la silla. El murciélago es un ser maravilloso, no hay duda. «El mundo está tan lleno de cosas maravillosas que, si nos enseñaran a apreciarlo, seríamos todos mucho más ricos que los reyes», sentenciaba el antropólogo Ashley Montagu. Y sin embargo, solo acertamos a voltearnos hacia eso que consideramos naturaleza desde la exterioridad, la superioridad y la instrumentalidad (¿para qué nos sirve?). Y cuando las cosas van mal. Si hay un huracán, o una ola de calor, o una epidemia, decimos que «la naturaleza nos está enviando una señal», para añadir luego que «los seres humanos somos la plaga». Es como decir que la báscula nos está mandando una señal de que debemos adelgazar cuando los kilos suben en demasía, para añadir después de que la verdadera desdicha son las oficinas y esta «humanidad pasiva». Enviándonos SOS o aguantando la plaga, la naturaleza está al margen de nuestra vida, como un paisaje al que posar nuestra mirada o unos recursos de los que obtener beneficios monetarios.

Y después pedimos clemencia, alegando ser víctimas del «desencantamiento del mundo» y la «soledad de especie», esa tristeza y ansiedad colectivas que produce nuestra desconexión emocional respecto de otras especies. Como aquellos hermanos que, en el juicio por haberles quitado la vida a sus propios padres, piden clemencia por ser huérfanos. Hemos creído en el mito de que podemos desarraigarnos y vivir por encima de los límites de la naturaleza, y que «ya encontraremos otra manera de seguir haciéndolo. Al fin y al cabo, siempre lo hemos hecho». A pesar de conocer la insoslayable dependencia de la naturaleza, de lo que estamos alterando, de la biodiversidad que estamos talando, como si otros pueblos sometidos no hubiesen tenido que soportar las consecuencias de esta arrogancia.

Pero si, tanto en el pasado como en la actualidad, hay tantas culturas humanas y no humanas, tantas tramas diversas, tanta riqueza de perspectivas, tantas maneras de asomarse al mundo... Si las culturas del ser humano han albergado tantas maneras diferentes de gestionarse ante la vida, diferentes sistemas políticos, diferentes cosmovisiones, diferentes estructuras sociales... ¿Cómo nos hemos atascado tanto? ¿Si el reflejo de la humanidad no es el de la complejidad y la viveza del planeta, enton-

ces cuál es? Recuerdo que en idioma apache llamado ndee, la raíz léxica para la palabra «tierra», *ni*, es la misma que para «mente». O que, para el idioma yoruba, la palabra para tierra, «aiye» o «aye», también significa existencia y oportunidad.

Me percato de que nuestro reflejo de humanidad está focalizado en un tipo de economía que analiza cada vez más toda la existencia como si de un mercado se tratara. Que piensa en la vida de los seres humanos como capital humano, emprendedores involucrados en un proceso productivo. Que nuestra comunidad humana es una «sociedad del mercado». Que por eso decimos que los mercados financieros están vivos, se mueven y hablan, que «exigen sacrificios» y «políticas de saneamiento», y las «corporaciones» tienen la práctica totalidad de derechos que tienen las personas. Por eso, soy consciente de que ese otro mantra que se repitió tanto, que «el virus no entiende de clases sociales», aunque intenta recordarnos la vulnerabilidad o mortalidad humana, no refleja que las clases menos acomodadas tienen más riesgo a contagiarse y enfermar, más riesgo a las consecuencias médicas de la enfermedad y a las posibles consecuencias económicas de la crisis.

Sí, es cierto, el murciélago es un reservorio de virus. Su vida alada lleva en el planeta 64 millones de años, y forma comunidades donde lo comparten todo: cuidados, alimento, calor... Además, están presentes en todo el planeta, en múltiples hábitats, durante largos años de vida. Bueno, los humanos también nos hemos extendido por todo el mundo. Nuestros ancestros, sin pelo ni armas, sin garras ni colmillos, sin caparazón ni veneno, nos adaptamos (y alteramos también) todo tipo de entornos naturales, desde el desierto a las junglas, los océanos y el mismo continente helado. Pero eso fue hace 2 millones de años. Por eso, aun en la distancia, figuramos entre los animales más cohesionados desde el punto de vista genético. Pues bien, el 8 % del genoma humano consiste en antiguos retrovirus. De hecho, nuestro sistema inmune, el que ataca a los virus, funciona gracias a ellos. Un estudio de la universidad de Stanford, que se presentó en julio de 2016, demostró que el 30 % de las adaptaciones de nuestras proteínas, desde que los humanos nos separamos de los primates, han sido provocadas por virus. Los virus y nuestra especie también estamos en esa compleja red viva de la vida.

Murciélagos viene de «murciégalo», del latín *mus*, *muris*, ratón y *caeculus*, diminutivo de *caecus*, ciego. Significa «ratón ciego». Pero no lo son. Para no chocar en la oscuridad, el principal sentido que utilizan la mayoría de los murciélagos (que no todos) es el eco, la ecolocalización, un sistema de radar o sentido sonoro.

«No hay más ciego que el que no quiere ver», me dicen que decía mi abuelo, invidente, probablemente a causa de rastros de metralla de la guerra. Y recuerdo que Eco era, en la mitología griega, una ninfa del bosque castigada a repetir por siempre el final de las palabras que escuchaba, incapaz de tomar la iniciativa en ninguna conversación. Creo de verdad que es vital salir de la cueva y tomar la iniciativa en la conversación en torno a la vida humana misma, acerca del mundo y del problema de cómo vivir una vida que merezca la pena ser vivida. No solo para los humanos, sino para todos los seres con los que compartimos el planeta, y para las generaciones venideras.

Y para imaginar, los seres humanos tenemos predisposición. Se trata de la capacidad de cavilar sobre situaciones hipotéticas, que no tienen que ocurrir en el aquí y ahora, «dándole la vuelta» al problema a través de los símbolos, del arte, del lenguaje... Manteniendo una conversación con todas aquellas sabidurías y experiencias de vida desplegadas a lo largo de generaciones de todos los rincones del mundo, cooperando a través de la «intencionalidad compartida»: la capacidad de ponerse de acuerdo con los demás, en la misma interpretación cognitiva y en los mismos objetivos. Para, con todo ello, proyectar todas estas ideas en el mundo externo, y convertirlas en realidad, y crear así una apertura hacia una vida plena. En todo eso, los humanos somos expertos.

Y sí, también somos expertos en mentir, calculando si nos resulta más halagüeño cooperar o competir, o transmitir (o no) la información. Podemos fabular, inventar historias y hablar de cosas que no son ciertas ni nunca existieron. Pero quién sabe, quizás podrían serlo. Y hasta en eso somos unos cooperadores asombrosos.

«Todos los seres humanos son mentirosos; es cierto, tienen que creerme» nos advierte la escritora de ciencia ficción Ursula K. Le Guin (*Contar es escuchar*).

«La humanidad no está en ruinas, está en obras», nos previene el antropólogo Marc Augé en su libro *Pequeñas alegrías*. Y añade: «la humanidad pertenecerá a una historia con frecuencia trágica, siempre desigual, pero irremediabilmente común.»

Al día siguiente, volví. El murciélago ya no estaba...